

CHICAGO, AÑO 30

**UN HOMBRE Y UNA MUJER
A LA SOMBRA DE**

AL CAPONE



Roger Corman, especializado últimamente en películas de terror, pero que ha tocado todos los temas, rueda en estos momentos una nueva versión de la vida del famoso gangster, que ya inspiró a directores como Howard Hawks, Phil Karlson y Richard Wilson. La interpretan George Segal y una nueva actriz, Jean Hale.





A los casi seis lustros de su muerte, la figura de Al Capone sigue firmemente anclada en el terreno de la leyenda. La crónica, la novela, el cine, el «cómic» se han ocupado de ella con profusión. El cine, concretamente, ha presentado una y otra vez al personaje, en unas ocasiones bajo su propio nombre y en otras bajo seudónimos que apenas si podían inducir a error, en obras de distinto nivel artístico, entre las cuales sigue siendo maestra la realizada por Howard Hawks en vida del gangster, con el título de «Scarface», máxima cima del género. Paul Muni, Edward G. Robinson, Neville Brand, Rod Steiger han prestado, entre otros, su rostro al hombre de la cara cortada. La época —finales de la década de los veinte— se ha convertido en algo tan mítico como el personaje, mito que se ha encargado de popularizar recientemente, y a escala mundial, la serie televisiva de «Los intocables». Pocas épocas, en efecto, de la historia americana reciente son tan sugestivas. Años de la gran depresión y de la apertura del «new deal», de la prohibición y el charleston, de las «it girls» y los fraudes políticos, simbolizados en el turbulento Chicago, los gangs y los arreglos de cuentas en los que todos los elementos anteriormente citados confluían y se daban cita. Uno de los mejores films sobre el tema, después del de Hawks, «Al Capone», de Richard Wilson, intentaba calar hondo en las significaciones políticas del gangsterismo. Otros se limitaron a lo anecdótico, a lo espectacular. Pero incluso en los menos eminentes existió siempre, pertenecieran a la época que fuese, ese «cachet» especial que siempre han tenido los films de gangsters americanos, desde el «Underworld», de Von Sternberg, que inició la serie, hasta el reciente «La ley del hampa», de Boetticher.

Ahora, Hollywood vuelve de nuevo al tema. Roger Corman, un realizador de los considerados de segunda fila, a quien se debe un ciclo terrorífico inspirado en las obras de Edgar Allan Poe, un hombre joven, que cuenta en su haber con más de sesenta films, y de quien en España solamente conocemos «Cinco pistolas», «La obsesión», «El péndulo de la muerte», «El hombre con rayos X en los ojos» y «Secreta invasión», es quien se encarga de resucitar el mito. Ha centrado su historia en la trágica noche de San Valentín, en la que los hombres de Capone estuvieron a punto de acabar con la banda de Moran, en la matanza que tuvo como escenario un garaje, y en la que perdieron la vida siete hombres. En el transcurso de una reunión en el hotel Hawthorne, Capone ordenaba a uno de sus hombres que suprimiera a Moran, mientras éste hacía lo propio respecto de los hombres de Capone; cuando éste se enteró de que Patsy Lolordo, uno de sus mejores amigos, había sido, en efecto, liquidado, decidió actuar rápidamente. Uno de sus hombres, Sorrello, logró ganarse la confianza de la banda de Moran, al entregarles un camión de alcohol perteneciente a Capone; el 14 de febrero de 1929 les anunció una segunda entre-

ga, que debía efectuarse en un garaje **SIGUE**



Una de las secuencias de mayor violencia del film, cuyo número de fuerza es la matanza de San Valentín, es la que opone a sus dos personajes principales en u

de Clark Street. Cuatro hombres de Capone, disfrazados de policías, se introdujeron en el camión, y aprovechando la confusión que se produjo en quienes les esperaban, les hicieron alinearse contra la pared, y acabaron con sus vidas. Moran, que esperaba en un bar cercano, se salvó de la matanza, pero, siguiendo las leyes del código del hampa, se negó a identificar a los asesinos.

En este episodio ha centrado Corman la acción de su film, en función no ya sólo de su espectacularidad, sino de que a partir de él comenzó la lucha contra el gangsterismo. Las autoridades y la opinión pública,

que habían cerrado los ojos ante la corrupción reinante en Chicago, hubieron de manifestarse. En nueve años se calcula que se cometieron, sólo en la ciudad y por cuenta de los gangsters, seiscientos dieciocho asesinatos. A partir de aquel momento los gangsters dejaron de ser glorificados, la lucha contra ellos comenzó. Pero los intereses en juego eran demasiado importantes, las conexiones políticas llegaban demasiado alto, y muchos de ellos siguieron en libertad hasta su muerte, ocurrida veinte y treinta años más tarde de la célebre matanza.

Corman deseaba haber rodado su film

en los mismos lugares de la acción, pero ha tenido que desistir de su idea; el rostro de Chicago ha cambiado por completo desde entonces, y las antenas de televisión ocupan todas las techumbres. Ha habido, pues, que recurrir a la reconstrucción en estudio. Con todo, ha logrado una ambientación que se inspira en los films de la época, indudablemente una de las más ricas y prestigiosas del cine americano. En el reparto figuran una serie de nombres importantes, de figuras que si no son grandes estrellas tienen bien probada su categoría en los escenarios de Broadway. Jason Robards, Jr., a quien



Lucha provocada por el origen no demasiado claro del abrigo de visón que luce Jean Hale, que en la ficción es la novia de George Segal, miembro de la banda de Moran.

muchos consideran el sucesor de Humphrey Bogart, y que en la vida real está casado con su viuda, Lauren Bacall, interpreta a Al Capone, y Ralph Meeker al jefe de la banda rival, Bugs Moran. George Segal —el marido joven de «¿Quién teme a Virginia Woolf?»— y David Canary interpretan a dos hermanos de la banda de Moran, que son encargados por su jefe de acabar con el hombre de confianza de Capone. En cuanto al principal papel femenino, corre a cargo de Jean Hale, una actriz nueva, a quien hemos visto en «F de Flint» y en una pequeña intervención en «El Oscar». Ella y Segal for-

man la pareja amorosa de la película, una pareja turbulenta, de complicadas relaciones, en la que surge la violencia cuando el hombre cree ser traicionado por dinero. La secuencia de la que damos referencia gráfica, es precisamente aquella en la que Segal y la Hale empiezan por discutir violentamente para llegar a las manos, a causa de un abrigo de visón, cuyo origen no está demasiado claro. Todo en ella recuerda a los films de los años treinta, desde el cabello platino de la heroína a los gestos y actitudes de los intérpretes. Corman ha demostrado, en films anteriores, realizados con presump-

tos mínimos y en tiempos record —alguno de ellos ha sido rodado en dos noches, aprovechando las horas de descanso en un decorado ajeno—, estar dotado de talento; ahora que, a partir del éxito de su último film, proyectado en el pasado Festival de Venecia, «Los ángeles salvajes», puede trabajar en mejores condiciones económicas, es de esperar que el peso de la producción importante no le aplaste. El tema es sugestivo, y sería una lástima.

Fotos WALTER FISCHER

© CAMERA PRESS-AGENCIA ZARDOYA